



## LA LÁGRIMA QUE FALTA.

ES una historia muy extraña, pero muy verdadera.

Y es como sigue:

Todo cansa en este mundo, y hasta en el otro, según parece. Es el caso, que el diablo se cansó de estar en el infierno, lo cual se comprende ménos, porque hay hombres, que sin alcanzar categoría infernal, de ser pésimos no se cansan nunca. Pero el diablo legítimo, el dueño y señor de los antros tenebrosos, quiso cambiar de condicion. ¿Cómo conseguirlo? He aquí el problema, que el viejo Hamlet se planteó á sí mismo.

Donde ménos se piensa se tiene un amigo, y el diablo tenía uno muy antiguo en el cielo, por inverosímil que esto sé les antoje á mis lectores; y era nada ménos que un ángel.

Amigos habían sido el diablo y él, ántes de la tremenda caída de Satán; cuando tenían los dos alas blancas en los hombros, y aureola de luz sobre la frente. Después de aquella siniestra caída, algo se enfriaron sus relaciones; pero así y todo, algunas veces se veían, y se hablaban en el lenguaje que usan los espíritus: se veían, digo, sobre la nube tempestuosa el ángel bueno, nadando entre relámpagos y braceando entre centellas el ángel malo.

Y una noche de tormenta, en el repliegue de un nubarrón, le dió aquél á éste un consejo, un consejo de amigo:

—Si consigues fabricar una *escala de lágrimas*—le dijo—por ella podrás subir al cielo, y... ¿quién sabe si Dios te dejará entrar? ¡He visto entrar á tantos de ese modo!

No oyó el diablo más, porque el estampido del trueno le ensordeció y una ráfaga de viento deshizo el nubarrón.

Desde aquella noche, el diablo no cesó de pensar. ¡Pensar! ¡Mala manera de ganar el cielo! Pero el que tiene mañas perversas las pierde tarde, sobre todo en el infierno. Aunque en la tierra tampoco se pierden.

Un día estaba cavilando en cómo fabricaría aquella *escala de lágrimas* de que su amigo le había hablado, y el sitio que había escogido para sus cavilaciones era agreste y solitario por demás: la quebrada de un alto y negro monte. Por el fondo corría un riachuelo entre guijos y peñas. Y el diablo, tendido en una de las márgenes, se rascaba los cuernos y se tiraba del rabo, sin que brotase ni

una idea de luz en las negruras de su cerebro maldito.

De pronto se fijó en una *feísima araña*, que estaba como prisionera en un pedrusco del centro de la corriente, formando en él á modo de un islote. El animal daba vueltas á todo el contorno de la pequeña isla, y por ninguna parte podía salir.

Interesóse el diablo por la araña insular, y pensó que él y el repugnante animalucho estaban en situación muy parecida. Le hizo gracia el lance y se rió: el barranco y el agua se pusieron pajizos, como iluminados por llama de azufre; pero pasó la risa y pasó la amarillez. El monte volvió á sus sombras y el riachuelo á sus blancas espumas.

Entonces el negro espíritu vió que la araña, sin ser el diablo, discurría mejor que el diablo mismo. Convencida de que el pedrusco era una verdadera isla, y de que no había terreno firme por donde escapar, acudió á un medio ingeniosísimo. Levantó la parte posterior de su cuerpo repugnante y empezó á echar al aire hebras finísimas del hilo que para fabricar sus redes suele tejer: flotaron las hebras, fueron cada vez más largas, el viento las llevó más y más lejos, y al fin, una de ellas se adhirió á otro pedrusco.

En cuanto la araña, que, de cuando en cuando, con sus patitas templaba las hebras—conoció que el sutil cable tenía punto de amarra, lo desprendió de su cuerpo, lo pegó al pedrusco y sirviéndose del hilo como de puente colgante, pasó á la piedra de más allá, y de una en otra, por el mismo procedimiento, á una de las márgenes.

El diablo aprovechó la lección y combinó todo un plan de escalamiento celeste.

Recogiendo muchas lágrimas, pensaba él, haría un hilo inmenso; lo pegaría al borde del infierno y lo dejaría flotar. Y del mismo modo que el viento se llevó la obra del animalejo, ese soplo de vida que sube de la tierra al cielo, como atraído por el centro de todo amor, levantaría el hilo de lágrimas hasta que por arriba se pegase á la bóveda celeste. Entonces por él treparía el diablo, como araña peluda de los abismos, y en llegando arriba, su amigo el ángel le haría entrar en la morada de los justos.

Púsose el espíritu del mal á recoger lágrimas para su obra. ¡Muchas se necesitaban, pero nunca le faltaron! Que por algo es este mundo valle de lágrimas; y si por ventura escaseaban, no tenía el diablo más que apre-

tar los tornillos del dolor, y nuevas y ardientes lágrimas corrían inagotables.

¡Por todas las mejillas las iba recogiendo el protervo!

¡Lágrimas de amor; lágrimas de desesperación: lágrimas de ira; lágrimas de arrepentimiento; lágrimas de alegría; ¡qué rica variedad! ¡Y cuántas! ¡Y cómo brillaba el hilo á modo de sutilísimo rayo de luz!

Con su baba, pegaba el diablo las pequeñas gotas unas á otras y el sublime cable iba creciendo.

Creyó el diablo que ya tocaba en lo celeste y se puso á subir.

¡Qué grotesco subía! Pero él, como enorme araña, iba trepando por el hilo de lágrimas, espacio arriba, hacia la eterna bóveda de diamante.

Llegó al fin; mas el ángel su amigo, asomó la cabeza y le dijo tristemente que no podía entrar.

No podía entrar porque el hilo no tocaba todavía al cielo: faltaba muy poco, muy poco; pero ese poco era como un *abismo infinito*: faltaba el espesor de una lágrima, sólo de una; mas esa había de ser, no robada á los que sufren, sino del diablo mismo: de sus propios y áridos ojos había de brotar: en su seno maldito había de forjarse: sus entrañas de hiel habían de cuajarla. *Faltaba, pues, una lágrima*; pero había de ser suya. “Llora, llora, desdichado—le dijo el ángel—haz lo posible; haz un esfuerzo supremo, una lágrima, y basta.”

El diablo se dejó escurrir por el hilo y cayó en el infierno.

Necesitaba llorar y no podía: se revolvió las entrañas con las zarpas, buscando aunque no fuera más que una gota de llanto, y no la encontraba; ¡miseró sér! ¡Cuajaron de sombra, sequedad eterna, negación completa de todo amor!

Su desesperación fué tan grande como su caída.

Quiso llorar: se mezcló á sus condenados; sufrió sus tormentos; recorrió todos los círculos del dolor; pero ni el dolor ni los tormentos humedecieron sus párpados verdosos.

Cruzó la tierra toda pidiendo á la creación una lágrima.

Se golpeó los ojos contra los picachos de las peñas y brotaron chispas mezcladas con aullidos; pero una lágrima nunca.

Bajó á los mares y las aguas de los océanos clavaron sus dientecitos de sal en los crisoles ardientes que rellenaban sus órbitas fa-

tales; pero la humedad salobre no era la lágrima que faltaba.

Quiso presenciar los dolores humanos, por si había uno entre todos capaz de inspirarle compasion y de dar rocío á sus ojos. ¡Empeño inútil! Había perdido la costumbre: el dolor ajeno le había hecho reír siempre. Y la risa constante, sobre la tierra, hace idiotas ó malvados; en el infierno es la forma suprema del dolor; pero del dolor sin lágrimas.

Y con más rabia se ceba desde entónces el diablo en los humanos, hasta inventar algun dolor que le arranque alguna lágrima: la lágrima que le falta para llegar al cielo.

JOSE ECHEGARAY.

## ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA SEPTIMA.

Assuero, Esther, Elisa, Thamar, parte del Coro. Entra Esther apoyándose en Elisa, cuatro israelitas sostienen su vestidura.

ASSUERO.

¿Sin mi orden atrevido  
Quién trae aquí sus pasos insolente  
Como al lugar de muerte conducido?  
¡Guardias! ¿Eres Esther? ¿Y sin llamarte  
Te atreves en mi trono á presentarte?

ESTHER.

¡Hijas mías, sostenedme, porque muero!

(Cae desmayada.)

ASSUERO.

¡Oh dioses poderosos! ¡Cuán extraña  
Palidez, borra de su faz las rosas!  
¿Esther, qué temes? Por ventura Assuero  
Tu hermano no es? Y de su justa saña  
No libre estais? Mi orden tan severa  
No os alcanza, vivid, el cetro de oro  
Que sostengo en mi mano, es la segura  
Prenda de mi clemencia lisonjera  
Que tu existencia augura.

(Se levanta y da á besar á Esther el cetro.)

ESTHER.

¿Qué voz de paz ordena que yo viva  
Y á mi sér vuelve el alma fugitiva?

ASSUERO.

¿No conocéis la voz de vuestro esposo?  
Volved en tí, que estás en su presencia  
Donde hallarás la calma y el reposo.

ESTHER.

Señor, muy temerosa he contemplado  
Siempre, la augusta majestad pintada  
En vuestra frente de esplendor rodeada,  
Y hoy en mi contra al veros irritado  
Juzgad la turbacion del alma mía  
Y en su espanto mortal compadecedla,  
Pues creí que llegaba mi agonía  
Al ver el trono sacro circuido  
Del rayo vengador y mi sér débil  
Pronto á tornar en polvo envilecido.  
Y quien ¡ay! sin espanto sostuviera  
Qué corazon audaz, de vuestros ojos  
Esos rayos que parten vengadores?  
¡Porque así los justísimos enojos  
Brillan del Dios Eterno en los furoros!

ASSUERO.

¡Oh sol! ¡Oh rayo de la luz eterna!  
Su vista me consterna  
Y no puedo mirarla sin quebranto  
Y turbado yo mismo, ver no puedo  
Su amargura y espanto.—  
Calmaos, reina, ese pavor y miedo  
Dejad, que soberana  
Señora sois del corazon de Assuero  
Arbitra y dueña, su amistad ardiente  
Es sólo para vos, decid hermana  
Amiga, esposa: un reino floreciente  
Vasto tengo á mis órdenes sumiso,  
Te daré la mitad si así es preciso.

ESTHER.

Ah! ¡y es posible que tan gran monarca  
A quien el mundo entero teme, y dobla  
Todo ante él la rodilla y besa el polvo  
Que un dominio sin limites abarca,  
Sobre su indigna esclava tan serena

Mirada arroje de bondades llena,  
Me dé en su corazon el soberano  
Poder? ¡oh de elemencia  
Consolador, incomprensible arcano!

ASSUERO.

Creed, cara Esther, aqueste cetro,  
Este imperio, y respeto tan profundo  
Que el temor sólo inspira  
Son en la realidad dolo y mentira,  
Pues á su fausto, brillo y compostura,  
A su pompa falaz, á sus honores,  
Mezclan poca dulzura  
Y me oprimen con íntimos dolores.  
Mas en vos yo no sé qué gracia miro  
Que me encanta y atrae sin fatigarme,  
¡De la amable virtud dulce y potente  
Oh poderoso iman indeficiente!  
La inocencia y la paz, todo respira  
En esa Esther el celestial perfume,  
Y las sombras disipa bienhechora  
Del negro hastío que al corazon consume,  
Tornando en mí los nebulosos días  
En auroras de puras alegrías.  
¿Que digo? ¡es poco!... pues del mismo trono  
Do se asienta á mi lado, temo ménos  
De enemigos la saña y el encono,  
Y creed que vuestra paz á mi diadema  
Da un esplendor que la hace veneranda  
Aun á los dioses mismos. La suprema  
Voluntad que teneis, decidme, os ruego;  
Mas animada ya, decidlo todo:  
Qué asunto de importancia os condujera  
A mi presencia luego  
Turbando vuestro sér de tal manera?  
¿Qué cuidados ocultos os agitan  
Y qué os oprime el pecho lacerado?  
Yo veo que al esuecharme, vuestros ojos  
Al cielo, en la oracion, se precipitan:  
Habla y será feliz el resultado  
De vuestro anhelo, si al mortal es dado.

ESTHER.

¡Oh bondad que me honra y tranquiliza  
Juntamente! Interés muy imperioso  
A implorar vuestras gracias me precisa;  
De él espero mi ruina ó mi ventura  
Y todo está, gran rey, en vuestra mano,  
Si con una palabra me asegura  
Vuestro labio cesar tienen mis males  
Y hará de Esther de las princesas todas  
La más feliz, Señor de los mortales.

ASSUERO.

Ah! y cómo inflamais este deseo curioso!

ESTHER.

Señor, si encontré gracia en vuestros ojos  
Y si fuisteis conmigo bondadoso  
Alguna vez oyendo mi plegaria;  
Permitid, ante todo, que á su mesa  
Pueda Esther jubilosa  
Recibir con presteza  
Hoy, á su rey, cual digno soberano,  
Y de este honor tan grande y excesivo  
Que participe Aman, porque el arcano  
Ante él, de mi secreto  
Tengo de revelar, pues necesito  
Para saber vuestro real decreto  
Que asista Aman y entónces mi silencio  
Romperé, en el favor que solicito.

ASSUERO.

¡En qué inquietud, Esther, me colocais!  
Sin embargo, que sea como deseais,  
Ya que quiero, os ampare, mi favor,  
Que se busque hoy á Aman y que comprenda  
Que este convite de la reina atiende,  
Y á él asista, en tan insigne honor.

(Continuará.)

## LEYENDAS

Y

### Tradiciones queretanas POR ALTER.

LXVI

#### ORATORIO DE SAN FELIPE NERI.

EL V. P. D. Martín de San Cayetano y Jorganes, fué quien comenzó á gestionar y arreglar todo lo relativo á la fundacion de este oratorio, quien sorprendido por la muerte no vió coronados sus deseos.

Las diligencias fueron despachadas convenientemente en España á influjo del virrey D. Juan Francisco de Güemes y Horeasitas, y las cuales le vinieron directamente al Sr. D. Juan José de Eguiara y Eguren, canónigo de México y obispo electo de Yucatan, quien las dirigió á esta ciudad al Sr. Pbro. D. Ignacio

Cabrera, capellan de las capuchinas, quien por fallecimiento del V. P. Martín, pagó todos los gastos y avisó al P. D. Márcos Ortega del oratorio de San Miguel el Grande, para que viniese á plantear la fundacion.

El Papa Clemente XIII concedió la fundacion, por su decreto de fecha 16 de Mayo de 1760 dado en Roma.

A la llegada del P. D. Márcos Ortega hizo fabricar una pequeña capilla y casa, colocando al Divinísimo Señor Sacramentado con la mayor solemnidad posible el 21 de Noviembre de 1763.

El insigne bienhechor D. Melchor de Noriega, viendo la pobreza y estrechez del instituto, no vaciló en poner sus cuantiosos bienes á disposicion de los padres del Oratorio, exhibiendo de á luego la cantidad de \$20,000 con lo cual se dió principio al templo actual. A cuyo efecto se bendijo y colocó la primera piedra el 8 de Diciembre de 1786.

Mientras se concluía la nueva obra, se colocó el Divinísimo Señor en el Oratorio parvo.

Los padres siguieron en su pequeña casa hasta el 16 de Mayo de 1800 en que se trasladaron á la nueva, aun ántes de concluirla.

Muerto el insigne bienhechor se suspendió la obra por algunos años hasta que la no ménos piadosa Doña María Cornelia Codallos, dejó en su testamento el residuo de sus bienes para terminar la obra, la cual se concluyó y estrenó el 19 de Septiembre de 1805.

Toda la obra se debe á la constancia y actividad del V. P. Prepósito D. Dimas Díez de Lara, quien hizo tambien el Oratorio parvo y las habitaciones altas y bajas de los padres. (1)

Este colegio, como todas las casas y comunidades religiosas, concluyó debido á las llamadas leyes de Reforma iniciadas por Lerdo y realizadas por Juárez; concluyendo casi por completo con la casa habitacion en el memorable sitio, ocupado posteriormente como cuartel.

Entre los varones esclarecidos que florecieron en esta casa, recordamos al V. P. Marroquin, que despues de hacer todo el bien que pudo á sus semejantes, murió en olor de santidad en 1857.

Tal vez más adelante me ocupe individualmente de algunos varones ejemplares felipenses de este Oratorio.

Ultimamente en 1894 se renovó todo el interior del templo al estilo de la época, haciendo magnífico efecto el dorado sobre la bruta cantera.

En las pechinas que entre sí forman los arcos que sostienen la cúpula, fueron pintados algunos paisajes de la vida del santo, cuya ejecucion se debe al pincel queretano Andrés Padilla.

La Señora Galeana, desprendiéndose con abnegacion de parte de sus bienes, costeó todos los gastos de la renovacion, quedando ahora el templo, tan artístico en su origen, como precioso relicario.

Este templo tiene de notable una escultura de Nuestra Señora de los Dolores, de la cual se cree generalmente que en su género es lo mejor que tiene esta ciudad.

El órgano, segun me lo han comunicado personas competentes, es una obra acabada que desgraciadamente no se le aprecia en lo que es. Supera con mucho al órgano famoso traído de los Estados Unidos para el templo de San José Iturbide.

Tiene treinta y dos misturas y muy cerca de mil pitos y otras muchas combinaciones de ornato musical de que no conozeo el tecnicismo. Es obra del renombrado organista queretano D. José M. Suárez y data de 1830.

(1) En 1813 los PP. Toral y Estrada vinieron á esta ciudad con motivo de la insurreccion, y no encontrando eco su celo en favor del trono, hicieron un escrito acusando á todo el clero, envolviendo en ella muy especialmente al P. D. Dimas Díez de Lara. Sobre repetir que no dió resultado tal acusacion; pues este venerable prepósito sólo se ocupaba de hacer el bien, como lo comprueban sus obras, testigos imperecederos.

Lástima es que permanezca en el más completo abandono desde que concluyó la comunidad.

Este templo es uno de los que ningún viajero que visite nuestro suelo, debía de excluir de visitar; pues es un artístico relicario que llena de gloria á su arquitecto y fundadores.

## VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

LVI

EN LA CORONACION DE LA INMACULADA VIRGEN MARIA DE GUADALUPE.

Virgen del Tepeyac, ¡oh! Madre mía,  
¿Quién tus hechos sin nombre publicara,  
Y tus glorias cantara,  
Si la pluma no encierra la armonía  
Del arpa gemidora del querube?  
¿Cómo podrá mi lengua  
Decir cuánto eres pura,  
Si en su vuelo el espíritu potente  
Se siente fatigado,  
Sin comprender jamás de tu hermosura  
La gracia sobrehumana y esplendente?  
Al mirarte, Señora, me confundo;  
No puedo coordinar mi pensamiento.  
¿Cómo decir al anchuroso mundo  
Lo que en mi pecho cariñoso siento,  
Si te veo graciosa,  
Muy más que el tulipán y que la rosa,  
Más que el broche de luz en el Oriente?

Nunca en mi pobre y destemplada lira,  
Con sus cuerdas ya rotas,  
Vibrarán dignas notas  
De formarte una cántiga, María;  
Mas permite á tu esclavo en este día,  
Hoy que la tierra en tu loor entona  
Sus cánticos de amor,  
Que venga presuroso aquí á tu planta  
A prender esta flor en tu corona,  
Con la voz anudada en la garganta.

Bella es mi patria con su rico suelo  
Donde crecen mil bosques de esmeralda,  
Bello el zafir de su apacible cielo,  
Cubierto de celajes de oro y gualda;  
Su planta posa sobre blanca nieve,  
Y coronan volcanes su cabeza,  
La besa Atlante con su soplo leve,  
Y las movibles ondas  
Bañan sus verdes playas orientales,  
Mientras las tibias auras estivales  
Le llevan del Pacífico en la bruma,  
Misteriosos rumores,  
Al declinar el sol en el Ocaso  
Trás las olas rizadas con la espuma.

Cruzan sus valles fértiles los ríos  
De riberas fragosas y escarpadas;  
Y los montes sombríos  
Se yerguen con sus cimas elevadas  
En el espacio azul.

Mas ¡oh dolor! el hijo del Anáhuac  
Se agita en las tinieblas espantosas  
De tenebrosa noche.

¿De qué le sirven sus galanas rosas,  
De suave aroma y purpurino broche?  
Si las brisas levantan el perfume  
De la viola y el nardo,  
También se llevan los acerbos ayes  
Que se alzan del altar do se consume  
Horrendo sacrificio:

¡Al lado de la flor se mece el cardo;  
Junto á radiante luz la bruma espesa!

Pero ved, su horizonte se ilumina  
Vistiéndose de célicos fulgores,  
Y es que hacia su lado se encamina  
La indeficiente luz del cristianismo.

Su intensa claridad pronto se extiende,  
Del infierno curando los estragos;  
El pecho indiano á su calor se enciende,  
Y á sus tiernos halagos

Se extingue del error la negra sombra.

Mes no es feliz el pobre mexicano;  
Todavía en su suelo gime y lucha,  
Porque el conquistador mira inhumano  
Correr sus lágrimas, y nunca escucha  
Sus dolientes suspiros.

Pero llega hasta el cielo el eco triste  
De tanto luto y de pesares tantos;  
Se conmueve el Señor á sus quebrantos,  
A su clamor constante no resiste,  
Y mira compasivo hacia la tierra.

Miles y miles de ángeles  
Se aprestan diligentes  
A cumplir los mandatos del Eterno;  
Pero todo el emperio se arrodilla  
Cuando ve que la Virgen sin manecilla,  
Bajos sus lindos ojos,  
Y postrada de hinojos,  
Dice á Jehová con amoroso acento:  
Concédeme, Señor, ser yo la egida  
De ese pueblo que eleva su lamento  
Hasta tu excelsa mano  
Y con tu gracia nacerá la vida  
Allí donde la muerte se levanta.  
¿Acaso arrastrará duras cadenas,  
Sin que alcance á cambiar su adversa suerte,  
Trocando en dulce paz sus grandes penas?

Vé, le responde el Hacedor Supremo;  
Y en esa tierra en que infortunio vierte  
Su amargo cáliz, brotará la calma;  
Pues jamás nacerán duras espinas  
En el sendero donde tú caminas.

Cruza entónces la Virgen los espacios,  
En alas de bellísimos querubes;  
Le forman peana vaporosas nubes,  
Que semejan cascadas de topacios.

Brilla del Tepeyac la árida cumbre,  
Trasformadas sus rocas en diamantes;  
Nacen las flores rientes y fragantes;  
Y un concanto armonioso  
Se levanta en el cerro silencioso  
Cuando el ambiente fresco se estremece  
Con el acento grato y melodioso  
De la reina graciosa de los cielos.

Habla María del maternal cariño  
Que desborda en su pecho santo y puro,  
Ama al azteca como al débil niño  
Que empieza á caminar con pie inseguro.

Le dice que confiado pronto acuda  
En su aflicción intensa,  
Y jamás volverá sin que su ayuda  
Le quite del dolor la carga ruda.

Una vez y otra vez su tierno labio  
Asegura á Juan Diego  
De su amoroso anhelo sin resabio  
Los efluvios sin nombre.

Mas si vino del cielo á la cabaña,  
Si su planta á la tierra casi toca;  
Si trocó en paraíso la montaña,  
Y al feliz mexicano habla su boca,  
Y quiere un templo en que su amor sublime  
Se ostente día y noche  
A todo el que en la vida sufre y gime,  
Todo esto era muy poco  
A su grande ternura,  
Y en prenda de su noble y alta estima,  
Amante deja á su escogido pueblo  
En una toscosa tilma, su retrato.  
Y . . . . . vedla allí, mirad su faz morena,  
Modelo de candor y de recato;  
Más casta que la nítida azucena.

Jamás olvide el alma  
Tan singular favor, Madre querida;  
Que prefiero que el hilo de mi vida  
Sin piedad sea cortado,  
Antes que el negro olvido, en mi memoria  
Borre el recuerdo de tu amor grandioso.  
Y tú, pueblo dichoso, en tu historia,  
Graba con letras ricas de diamante  
Este fausto suceso,  
Vuelva á la vida el pecho agonizante  
Que en el dolor acongojado muere;  
Torne el gozo á batir sus bellas alas  
En tu marchita frente,  
Y henchida de placer el alma ardiente,  
Ven á cantar en cadencioso coro

Cubierto con su manto soberano:  
¡Viva la Augusta Reina del Anáhuac,  
Honra y gloria del pueblo mexicano!

(Continuará.)

## El escapulario.

LOS secretos caminos por donde la mano de Dios conduce al hombre, nunca podrá adivinarlos el mortal. Cosas en apariencia insignificantes influyen en la vida. Pero hay algo que arroja alguna luz en sus misterios. La fé que robustece la voluntad, y la esperanza que hace más llevaderos los desengaños y los trabajos. Con la esperanza por ayuda y la fé por norte van venciendo todas las asperezas y dificultades; y si acaso éstas nos parecen insuperables, si por un momento vacila la fé, todavía la esperanza nos infunde nuevos alientos para vencerlas y afrontarlas.

Hablaba así un viejo soldado, en cuyas callosas manos veíase deteriorada estampita, reproducción de un escapulario de extraña hechura. Era un dibujo toscamente trazado, y encima del cual se leía una fecha y un nombre. La fecha correspondía al año de 1873, el nombre á un paraje de la isla de Cuba.

—Aquí debí perecer,—añadió el veterano, señalando este nombre,—y aquí hubiera perecido sin este escapulario. El piadoso objeto fué la clave de un enigma y el puerto de mi salvación. Me lo dió mi madre cuando salí de España, lo llevaba sobre mi pecho el día aciago en que caí prisionero. ¡Qué horrible momento aquel! Cargaba la chusma mambis con ímpetu terrible. Diseminados y desprevenidos nosotros, pues nos hallábamos en la faena del forrageo, bien pronto dieron cuenta de una docena de soldados y se apoderaron de los que en vano tratábamos de resistir machete en mano. Allí quedaron los oficiales, de allí salí yo á la grupa de un caballo regido por un negrazo repugnante. Y con decirnos esto, comprendéis que no podía ser más crítica y más triste mi situación.

Con efecto, no hubiera dado por mi pellejo dos ochavos.

A la caída de la tarde llegamos á unos míseros bohíos que se alzaban en un claro de la manigua. Era aquello como un campamento por el que circulaban jinetes y gente de á pie andrajosa y armada con toda clase de armas. Mi negrazo me llevó hasta la puerta de uno de aquellos bohíos y dando con mi costal en tierra, comenzó á gritar desaforadamente ¡los prisioneros! Y como si el eco centuplicara aquellos gritos, oí repetir en distintos lados del campo con jubilosos acentos, ¡los prisioneros! ¡los prisioneros! No era yo solo por desgracia. Conté dos, cuatro, seis, diez, hasta veinte. . . . todos camaradas, víctimas de la sorpresa. Esto me causó mayor congoja, sobre todo cuando encerrados en el bohío comenzamos á echar cálculos acerca de nuestro destino.—“Lo que es por esta vez,—dijo un cornetilla que por segunda vez cayera prisionero,—no me las prometo muy felices. Los mambises no nos perdonan la última paliza. Y pensar que hemos de renegar de España é irnos con ellos. . . . Eso no entra en mi cuenta. . . . Así, pues, no hay otro remedio que conformarse y poner á la muerte buena cara.”

—¡Ira de Dios!—gritó un moceton que se hallaba á mi lado.—No, y mil veces no. Antes que eso. . . Pero, ¿podrá ocurrir eso? . . .

Y se quedó perplejo.

Sin embargo, nuestra suerte debía estar echada, pues antes de cerrar la noche se nos puso centinela de vista.

Era grande la estancia. Sólo alumbrada por una vela que ardía en el cabo de una bayoneta. Reinó en ella entónces el más lúgubre silencio. Cada cual parecía estar reconciliándose con su conciencia. Yo me acordé de mis padres, de mi hogar y de mi patria. Y poseído por las más exaltadas ideas, saqué de

mi pecho el escapulario y á la luz de la bujía lo contemplé con lágrimas en los ojos. Era, como veis, un escapulario de forma extraña, la de corazón. Su color rojo, con bordado de oro y orla de flequillo de seda. Para mí lo bordó mi pobre madre, en mi pecho lo coloqué el día de la partida. "No lo apartes jamás de tí, me dijo al abrazarme; otro igual, enteramente igual, hice para tu desdichado hermano.... Y recordando esto, vino también á mi memoria el hermano aventurero, el hermano perdido, aquel prófugo del hogar cuya existencia era para nosotros una duda....

Tan absorto me hallaba, que no observé la mudanza de los centinelas. El de relevo tenía el aspecto siniestro, sombría la mirada. Fijóse en mí, y llevado por su curiosidad, aproximó su rostro hasta la vela. Luego volvió á mí sus ojos y extendiendo la mano, como si quisiera apoderarse del escapulario, díjome con voz queda:

—Y esto ¿quién te lo dió?

No le contesté.

—Ea, español,—añadió con voz todavía más baja,—esto ¿dónde lo has hallado?... esto, que fué mío....

Levanté la cabeza y miré fijamente aquel rostro. ¡Gran Dios! ¡qué horrible duda!

—¿El tuyo?—dije con voz temblona,—tú sabrás. Este me lo bordó mi madre; me lo puso en Santander el día de mi partida.

—Pero tu madre, exclamó, tu madre era acaso....

—Sí, Magdalena....

No concluí de pronunciar el apellido. Apagóse la luz por efecto de un puntapié que el mambis dió á la bayoneta, y una de sus manos, oprimiendo mi brazo derecho, empujóme hacia la puerta.—"Por aquí, quieto y quedo, dijo casi á mi oído." En la semioscuridad pude ver que el centinela me empujaba hácia la manigua. Cuando nos ocultó la yerba, nos detuvimos, y entonces mi enemigo díjome con voz solemne: "La casualidad ó la suerte nos lleva al uno frente al otro; sabe que eres mi hermano...." Y como yo llevara mis manos al rostro.... "No te avergüences, no; perdóname más bien, pues quizá tu desgracia sea mi redención. Mañana debías morir. Ese escapulario te salva. Perdí el mío en mal hora. Te doy la libertad á cambio de éste. Sígueme, no hay tiempo que perder."

Como entontecido obedecí; pero no habríamos andado un cuarto de hora, cuando gritos de alarma y el estampido de uno ó dos disparos nos llenaron de zozobra. Se había descubierto la fuga. El rumor de la gente que iba en nuestra persecución lo anunciaba así. Entonces mi hermano tuvo una idea feliz. Señalóme una senda á través de la espesura y orientóme por ella; él iba á alejarse en opuesta dirección, disparando repetidas veces su arma para llamar hácia sí la atención de los perseguidores. Nos abrazamos y huí con la velocidad que presta el terror.... Un día despues me incorporaba á mi destacamento, aunque gozoso de la libertad recobrada, sometido á la profunda impresión que acababa de recibir. Nadie supo la verdad de aquel hecho; pero lo que no tardé en averiguar, fué el fusilamiento de mi hermano.

Esta parte de mi historia se la oí referir á un prisionero hecho pocos días despues.

Le fusilaron por faltar á la consigna, y en los momentos de morir hubo de llamar la atención de los presentes un corazoncito de seda roja que llevaba pendiente de su cuello.

Era el escapulario que yo le entregué, el escapulario de mi madre.

Hizo una pausa el narrador.

—Cuando volví á mi patria, no existía la mujer que me dió el sér. Oculté la trágica aventura á mi padre y sólo conservé como recuerdo este toscó dibujo trazado por mis propias manos. ¡Feliz el desdichado que lo llevó en aquel trance solemne, si como creo el escapulario fué la llave que le abrió la puerta de los cielos! ¡La piedad y el amor de mi madre logró de esta manera la salvación de sus hijos!—FRANCISCO BARADO.

## A UN APRENDIZ DE HEREJIA.

Hay dos textos, hijo mío,  
Que no debe abandonar  
Quien se quiera dedicar  
A la profesion de impío.

El primero de los dos  
Le encanta á todo tirano;  
Nunca lo olvides, hermano:  
*Dad al César lo de Dios.*

Es admirable el segundo  
Para autorizar despojos;  
No lo apartes de los ojos:  
*Mi reino no es de este mundo.*

Si quieres quitarle á algun  
Monigote la sotana  
Impide su queja vana  
Con el *redite quae sunt*..

Y si está cogitabundo  
Porque perdió su camisa  
Díle con grave sonrisa:  
*Mi reino no es de este mundo.*

Si la gran constitucion  
Firma, lo tienes pescado  
Con el anzuelo dorado  
De la *suprema inspeccion*.

Y si no quiere jurar,  
Grita airado noche y día:  
Escándalo, rebeldía,  
Quiere al pueblo sublevar.

Si jura, pónlo en apuro  
Prohibiéndole consagrar;  
Y si consagra, á gritar  
Ponte: rebelde: perjuro!

Si un clérigo nunca asiste  
A ninguna diversion,  
Díle; viejo santurron,  
Hosco, hipocóndrico, triste.

Mas, si asiste alguna vez,  
Exclama, muy compungido:  
Qué cléro tan corrompido!  
Qué horrible desfachatez!

Si trabaja por Facundo,  
Que es hombre bueno y cristiano,  
Díle: clérigo profano,  
*Mi reino no es de este mundo.*

Mas, si en alguna ocasion  
Se abstiene de la política,  
Dí que en situacion tan crítica  
No le sirve á la Nacion.

Y exclama en tono muy serio:  
El elero ni habla ni escribe;  
Servir al César prohíbe  
Su funesto ministerio.

Si escribe una apología  
Concienzuda un bogotano,  
Dí con desden soberano:  
Estilo de sacristía!

Mas, si escribe un aprendiz  
Y de la Virgen blasfema,  
Dí: qué magnífico tema!  
Qué ocurrencia tan feliz!

Si le das á un monaguillo  
Un puño, y él anda listo,  
Mándale en nombre de Cristo  
Que ponga el otro carrillo.

Y si otros se te amotinan  
Y uno saca un chafarote,  
Dí con calma: monigote,  
*Mitte gladium in vaginam.*

Llama al Papa Vaticano;  
al elero, curia romana;  
Al sacerdocio, sotana;  
Al creyente, ultramontano.

Habla con indignacion,  
Del cadernal Hildebrando,  
Y del tribunal nefando  
De la negra Inquisicion.

Charla mucho de Pepino,  
De la rotacion del mundo,  
De D. Felipe Segundo  
Y del Derecho Divino.

Nunca olvides, hijo mío,  
Estos sabios documentos,  
Y harás inmensos portentos  
En la profesion de impío.

Ricardo Carrasquilla.

## EL REGALO DE BODA

EXCENTRICIDADES DE UN INGLÉS.

PABLO C.... era un «rico tipo» como todos decían. Tendría treinta años y era un parisien en todo el sentido de la palabra, con esa naturaleza viva é intrépida, un tanto inclinada á las bromas, que caracteriza á los hijos de Paris. Sin embargo, tenía un excelente corazón y era capaz de arrojar al fuego en caso necesario, por la misma persona á quien un momento ántes había hecho blanco de sus bromas.

Hay una pequeña y linda población cerca de Puy, famosa por sus aguas saludables y un lindo paraje para veranear, circunstancias que hacían que durante la estación calurosa se viera completamente llena de forasteros. Pablo y un amigo suyo llamado Eduardo Duchesne estaban en el mismo hotel y comían juntos en la *table d'hôte*, donde tenían por vecino y enfrente de ellos á un inglés, de quien se decía que era inmensamente rico y muy excéntrico, y cuya vida era una serie de viajes sin fin al rededor del mundo.

Si Pablo revelaba ser un parisien en sus facciones y en todos sus actos, así el extranjero revelaba la nacionalidad de su melancólico país. Bajo de estatura y algo grueso, cara ancha y colorada, cabeza calva, barba rubia, ojos azules como cuentas, era verdaderamente el tipo más perfecto de inglés que uno pueda imaginarse. Más de una vez, Pablo se había reído del impasible semblante de Sir Arturo Jacobsen, tal era el nombre del extranjero.

Cierta tarde, cuando los sucesos que voy á narrar ocurrieron y vispera de la partida de los dos jóvenes, cuando la comida estaba al concluir, animado tal vez por el Champagne que había tomado, Pablo se divertía, mientras que hablaba con Eduardo, en hacer bolillas de pan, arrojándoselas á su vecino el inglés. Fué un acto impremeditado, por no decir grosero, de parte de Pablo, pero la verdad es que Pablo no era el mismo en ese momento y que la tentación fué irresistible.

La primera pelotilla fué á pegar en el brazo de Sir Arturo Jacobsen, y él, con mucha calma, volvió sus claros ojos sobre Pablo y su compañero, pero su fisonomía no perdió nada de su habitual placidez. Uno hubiera creído que no había visto ó no había comprendido nada, si no hubiera sido por el hecho de que con un aire de la mayor indiferencia y flemma, recogió la bolilla de miga de pan y se la echó al bolsillo del chaleco, aunque sin pronunciar ni una palabra.

El proceder de este hombre estaba bien calculado para excitar el ca-

rácter guason del parisien, y apenas había pasado un momento desde que arrojó la primera pelotilla, cuando una segunda la siguió, y tomando la misma dirección que la primera, fué á achatare sobre su hombro, y como la otra, tuvo que viajar camino del bolsillo de Sir Arturo.

Un poco enojado por esta impenetrabilidad sistemática, y estando ciego por el momento, pues no veía el insulto é inconveniencia que tal diversion ocasionaba á la persona á quien se dirigía, Pablo creyó su deber arrojarle la tercera pelotilla. Esta última fué á pegarle en la frente, precisamente entre las dos cejas. Y, sin embargo, el inglés ni se movió, á pesar de que los mozos que servían la mesa apenas podían contener la risa, al ver que, con mucha gravedad, levantó su mano, se sacó la pelotilla y la mandó á unirse con las anteriores en su bolsillo.

Esta diversion, de muy mal gusto, como ustedes comprenderán, había durado bastante, y como los comensales empezaban á abandonar la mesa, Sir Arturo se levantó y siguió su ejemplo, y Pablo y su amigo, con sus cabezas decididamente pesadas con el vino, fueron y se sentaron en el jardín á fumar un cigarro. Apenas habían hecho su aparición en el jardín, cuando Pablo se encontró frente á su víctima, quien mirándole de lleno á la cara le dijo, en perfecto francés, que deseaba hablar con él unas palabras.

—Debe usted comprender, señor, —dijo el inglés— que la diversion á que se ha entregado usted hace un momento constituye una grave ofensa, contra la cual protesta la razón. Debe usted ver, por tanto, que tiene que concederme, sin que yo le obligue á ello, la reparación de las armas que exijo y es mi derecho.

—Perfectamente, señor; veo que tiene usted razón y estoy á sus órdenes.

—Mañana por la mañana, entonces; á las cinco, detrás del parque.

—¿Las condiciones?

—Pistola—treinta pasos—á vue. Dentro de una hora, mis padrinos aguardarán á los suyos. Tengo el honor, señor, de saludarle.

—Lo que prueba una vez más, mi querido Pablo, —dijo Eduardo cuando el extranjero se retiró— que no se puede uno fiar de las apariencias. ¿Quién iba á creer que ese hombre, de apariencia tan insignificante y tan chiquito, fuere tan susceptible? En mi opinión, toma la cosa con bastante seriedad.

—Eh! *par Dieu*; él tiene razón, —contestó Pablo, á cuyo cerebro había traído el aire fresco, la saludable reacción.—Yo le he inferido una ofensa seria y estúpida; es justo que sufra las consecuencias. Pero dejémonos de palabras; ven conmigo á casa de M.

D., á quien voy á pedir que me sirva de segundo testigo.

Á la hora indicada del día siguiente, Pablo y sus padrinos y Sir Arturo y los suyos, llegaron al sitio convenido, detrás del parque. Pablo era un hombre que se dedicaba al comercio y de inclinaciones pacíficas; así que no tenía práctica ninguna en el manejo de las armas. El inglés, por el contrario, parecía muy versado en estas cosas. Mientras tanto, los padrinos medían los pasos y cargaban las pistolas. Cuando ya iban á dar la señal, el inglés les detuvo.

—Un momento, señores, —y sacando del bolsillo una pequeña pelotilla de pan, se la mostró á Pablo, diciéndole:—Con ésta, señor, recuerde que usted me pegó aquí, —y arrojando la bolilla al suelo, Sir Arturo señalaba con su dedo la parte de afuera de su brazo derecho.

Un minuto despues se oyeron dos tiros, y Pablo bamboleó; su brazo derecho estaba atravesado por una bala. La herida fué seria, aunque no de gravedad, y bien cuidado, en tres semanas despues del encuentro, Pablo estaba del todo bueno otra vez. Sir Arturo habíase acercado á preguntar por él todos los días, y Eduardo Duchesne, tranquilizado por el estado de su amigo, hacía tiempo que se había vuelto á París: pronto Pablo pudo salir, sin necesidad de llevar el brazo suspendido.

Pero apenas había caminado unos cuantos pasos, cuando se encontró frente á frente con el inglés.

—Usted perdone, señor, —le dijo él— pero ahora que usted está completamente bien, debe recordar que la satisfacción que usted me ha dado no es la única que me debe. He esperado hasta este día, pero de ninguna manera he renunciado á mis derechos. Deseaba solamente que usted estuviera en condiciones físicas que le permitiesen batirse de nuevo.

—Muy bien, señor: cuente conmigo, —contestó Pablo, quien sintió nacer dentro de él una repentina ira contra la fría persistencia con que este hombre perseguía su venganza. Demasiado parisien para sentir rencor por una injuria tan insignificante, la porfía de Sir Arturo le ponía como una furia.

En la mañana siguiente tuvo lugar el otro encuentro, bajo las mismas condiciones que el primero; los testigos tambien eran los mismos, con excepcion de un jóven médico amigo de Pablo, quien ocupó el lugar de Eduardo Duchesne. Como en la primera ocasion, cuando ya se iba á dar la señal, Sir Arturo sacó de su bolsillo la segunda bolita y, mostrándosela á Pablo, repitió la fórmula:—«Con ésta, señor, recuerdo que usted me pegó aquí» y puso su mano sobre su mano sobre su hombro izquierdo.

Un momento despues se oyeron

dos detonaciones simultáneas; un gajo de la acacia que estaba sobre la cabeza del inglés se movió ligeramente, quebrado por la bala de Pablo, y Pablo cayó inerte sobre la tierra con el hombro izquierdo atravesado por la bala del inglés. Esta vez la herida era muy seria. Le llevaron sin sentido al hotel, y Pablo, en cuanto pudo hablar, insistió en que le llevaran á Puy, á casa de una hermana que tenía allí; el traslado no era difícil y el médico creyó mejor complacerle; así que esa misma noche, arreglado convenientemente y acompañado de su médico y padrino, que no quiso abandonarle, Pablo fué puesto bajo el cuidado de su hermana Marta, cuya aflicción al ver llegar á su hermano en semejante estado puede imaginarse Pablo exigió que se le ocultase la causa de la herida; así que se le dijo que había tenido un accidente, cayéndose del caballo, y ella quedó muy convencida. Marta, animada por la confianza que tenía con el doctor, resolvió aprovechar esta oportunidad para hacer que Pablo conociera á una señorita, hija de una amiga suya, la que hacía mucho tiempo que ella deseaba se casara con su hermano. De consiguiente, llamó urgentemente á estas buenas amigas para que vinieran á ayudarla, y en seguida estuvieron á su lado, repartiéndose entre las tres el cuidado que un enfermo tan grave exigía. Por mucho tiempo duró la gravedad; pero cuando al fin cedió el mal y pudo darse cuenta de todo, se encontró rodeado de su hermana, la amiga de ésta y su hija, quien le pareció un ángel de bondad y de dulzura, y á medida que la enfermedad le iba dejando, el amor iba tomando posesión de su corazón. El médico había dicho que pronto podría el enfermo salir afuera, pues Juana [este era el nombre de la niña] había tenido no poca parte en tan rápida mejoría. Pablo estaba tan absorto en sus sueños de amor, que había olvidado por completo los motivos que le habían traído á Puy, cuando ocurrió un incidente que bruscamente le trajo á la realidad.

—¿Sabes, Pablo? —le dijo Marta una mañana— me había olvidado de decírtelo ántes; un caballero ha venido todos los días, desde que estás enfermo, á preguntar por tí.

—¿Un caballero? Oh! sí—contestó Pablo, cuyas mejillas se sonrojaron un poco— Sir Arturo Jacobsen, ¿no es así?

—Ese era el nombre—dijo Marta, y añadió:—¿un amigo tuyo quizá?

—Sí, un amigo, —contestó él con amarga sonrisa.—Voy á ir á verle pronto: mi primer salida será para él.

Como un relámpago, Pablo comprendió todo el peligro que le amenazaba y que había vuelto á la vida, simplemente para que su enemigo se la quitara. Sí, los dos primeros en,

cuentros eran muy significativos: el tercero sería indudablemente la muerte.

La tercera pelotilla de pan le había pegado—se acordaba muy bien—en el centro de la frente. ¡La muerte! tan luego cuando el amor llenaba su corazón, cuando el futuro le sonreía lleno de brillantes promesas! Era demasiado, y más bien parecía la venganza de un salvaje que de un hombre racional. Quedó lleno de ira hacia este feroz adversario, que le permitía respirar solamente para herirle con más certeza.

A la mañana siguiente se levanto Pablo todavía con fiebre y lleno de enojo, pero muy resuelto á no esperar que el peligro le viniera á buscar: tan ansioso estaba él de concluir de una vez.

Al salir, lo primero que vió fué á Sir Arturo, que, como siempre, venía á informarse de su salud. Pablo no le dió tiempo para hablar.

—Sé que usted todavía me espera, y si me someto á esta última exigencia, es porque yo también deseo concluir de una vez con tan cruel persecucion; pero pongo una condicion para este último encuentro, y es que no tendrá lugar hasta dentro de un mes: esto es, á la mañana siguiente al día en que haya dado mi nombre y mi fortuna á una señorita á quien amo con todo mi corazón, la que á su vez me corresponde y será mi esposa.

—¿Se casa usted entónces?—preguntó Sir Arturo con acento de interés y curiosidad.—En ese caso, esperaré; pero, por supuesto, á pesar de las circunstancias, ¿me permitirá usted que asista á la bendicion nupcial?

—Ciertamente:—contestó Pablo—no sé cómo podría impedirselo.

Y saludándose muy cortésmente los dos hombres, se separaron.

Un mes despues el casamiento de Pablo y Juana tenía lugar, la última más bella que nunca con su hermoso traje blanco.

Pablo se sentía muy feliz, á pesar de que esa felicidad estaba mezclada con una secreta tristeza, y aceptaba, con una sonrisa orgullosa y alegre, las felicitaciones que llovían sobre él á la puerta de la sacristía, por la concurrencia que llenaba la iglesia.

El último que vino fué Sir Arturo, el que le dijo en voz muy baja, al mismo tiempo que depositaba en su mano un precioso estuche de oro bruñido:

—Señor, este es mi regalo de boda para usted.

A excepcion de la familia y unos amigos íntimos, todos se habían retirado. Aprovechándose de este momento oportuno, Pablo abrió el estuche y encontró una pelotilla de pan, amarilla y seca, pero que, sin embargo, era la tercera!

Pablo comprendió al fin. Este

presente que Sir Arturo le hacía, significaba el olvido, la vida. No hay que extrañar, pues, que una lágrima de felicidad brillara en sus pestañas.

Este mismo día, Sir Arturo Jacobson dejaba el país para no volver más, y tres años despues murió en Holanda, dejando á Pablo—un hombre (así decía el testamento) que había tenido el valor de soportarle sus genialidades—una fortuna que subía casi á medio millon de esterlinas.

Por la traduccion.

A. P. DE A.

#### PLEGARIA.

Si osado levanto, Señora, mi queja  
Al trono divino con lúgubre voz,  
Atiende que pena terrible me aqueja  
Y sufro en el alma inmenso dolor.

No mires que á veces ingrato te olvido,  
Que á veces te ofendo, ya imploro perdon;  
Ya invoco tu nombre, por tu Hijo querido,  
Recibe piadosa mi pobre oracion.

De hinojos postrado te pido, Señora,  
Consuelo, te pido que escuches mi voz;  
Ferviente te ruego, mi labio te implora,  
No neguéis la dicha que espero de Vos.

A tí, Virgen Santa, me llevo confiado,  
Tú puedes, si quieres, mis penas quitar,  
Que es triste mi vida, ya vivo cansado,  
¡Oh Madre y Señora! de tanto llorar.

Tú sabes la pena que llevo en el alma,  
Tú sabes que sufro terrible dolor,  
Que vivo sin dicha, ventura ni calma;  
Que vivo muy léjos del bien de mi amor.

Henchido de tantos dolores y penas  
No puedo, Señora, mi vida salvar;  
Sucumbo ya al peso de duras cadenas,  
Me rido cansado de tanto luchar.

A veces la duda funesta me llega  
E ignoro la ruta que debo seguir,  
El alma cansada luchando navega  
En mares ignotos de calma sin fin.

Yo te hago presente que siempre de hinojos  
Mi flévil plegaria á Tí dirigi;  
Tú sabes, Señora, que siempre mis ojos  
Doquiera te buscan, te miran á Tí.

Tú que eres tan pura y hermosa, no quieras  
Que necio abandone la santa virtud,  
Haz deje del mundo sus falsas quimeras  
Y siga constante la senda del bien.

Permite que siempre mi labio te llame,  
Te adore ferviente mi fiel corazón;  
Que siempre constante mi pecho te aclame  
Y espere confiado tu gran proteccion.

Que nunca, que nunca te olvide, Señora,  
Ni deje de amarte por siempre jamás,  
Primero se apague y ofusque la aurora,  
Se cubra de sombras de Febo la faz.

O que ántes la noche extienda su manto  
De negras tinieblas, de horrible pavor,  
E inunde mi pecho eterno quebranto  
Que arroje al olvido tu célico amor.

Metrófilo.

## LA FUGITIVA DE MANS.

(Por el Vizconde de Arlincourt.)

### I

EL sol se había ocultado, la noche iba á cubrir con sus sombras la tierra. Un viento fuerte y glacial corría por los campos de Mans, de donde salían por todas partes gritos de desesperacion, de dolor y de muerte. Horrorosos combates se habían verificado en ellos y se veían sembrados los cadáveres. Triunfaba la Re-

pública: los feroces soldados de la revolucion, conduciendo la muerte, asolaban con el hierro y el fuego á la heroica Vendée; un tropel de ancianos, de mujeres y niños huían ante ellos, y la fé, el honor, las virtudes y la fidelidad, todo lo que en la tierra hay de más sagrado, cediendo á la metralla y al acero, buscaban refugio junto al trono de Dios. Francia, presa del crimen, no les ofrecía abrigo, y en medio del naufragio social, para los hombres de ciencia la travesía eran las prisiones y el puerto el cadalso.

### II

Beaufort, uno de los generales de la revolucion, perseguido á los vencidos ceñido con la faja tricolor. Rodéabanle muchos oficiales. Celosos defensores de los sangrientos monstruos que gobernaban la capital, se decían héroes de la Francia, al paso que los generosos mártires de la monarquía, de la justicia y de la religion, eran llamados *bandidos*.

De repente el general lanza una exclamacion de sorpresa. Acababa de descubrir á lo largo del camino y en lo profundo de una ancha hondonada, una forma blanca y graciosa envuelta en un ligero velo. Llega, detiene el caballo, baja y se acerca... el último rayo de la tarde hacía distinguir el objeto desconocido que yacía allí, inmóvil, sobre la tierra húmeda y helada. El general se inclina y ve... ¡triste y doloroso espectáculo! el cuerpo de una jóven. ¡Desgraciada! decía Beaufort, expuesta á mil contrariedades y en el teatro de la guerra, sin duda había sido separada violentamente de su familia. Errante, sola y sin asilo, habrá venido á caer en este sitio, fatigada del cansancio; la falta de alimento y el continuo sobresalto la habrán hecho desfallecer, *pobre bregante*.

¡Qué bella es! dijo Beaufort, haciendo esfuerzos para levantarla.

Estaba sin movimiento y fría como el mármol; el fino tejido de su ropa no la resguardaba de la influencia del aire frío. A pesar de sus sufrimientos conservaba los encantos con que la dotara el cielo; su frente era pura y serena, su fisonomía dulce y tranquila, su cutis blanco como la azucena, nada había perdido en su brillo; su cabellera rubia caía en bucles al rededor de su cuello; pudiera llamarse un ángel dormido.

### III

Beaufort, vivamente enternecido, se quita su capa, envuelve con ella á la jóven, y la sube al caballo cogida entre sus brazos.

—A Laval, amigos, dijo.

El caballo hendía los aires. La vendeana volvió poco á poco en sí. La agitacion del movimiento, el calor y el ruido la sacaron de su letargo; entreabre los ojos... una banda se presenta á su vista...

—«¡Dios mío!—exclamó,—estoy perdida.»

—«Jóven, respondió Beaufort, ánimo, voy á salvaros. La desconocida mueve la cabeza; quiere desasirse de los brazos que la sujetan.

—«Prisionera» . . . murmura.

—«Ibais á perecer sin remedio, dijo el jefe con trémula voz. La suerte os envía un amigo; esperad, tengo algun poder.

La infeliz desconocida le interrumpió:

—«Matadme, soy vendeana.»

## IV

Habían pasado muchos días. La interesante fugitiva, Angela de Meslières, había sido confiada por el Gral. Beaufort á los cuidados de una vecina de Laval, llamada la *ciudadana Leclere*, mujer hospitalaria y de relevante mérito. La vendeana había recobrado sus fuerzas en este asilo, pero, ¡cuántos tormentos la afligían! ¿Qué suerte había cabido á su familia? En vano hablaba de esto, nadie la respondía.

El jefe revolucionario, movido de sus encantos, le ofrecía su mano y su corazón; era jóven, amable y valiente. . . . pero casarse una vendeana con un *Bleu!* esta idea helaba la sangre de sus venas.

—«¿Me aborrecéis? le decía el republicano.

—«No respondía la *brigande*, pero *mi Dios* y *mi rey* ante todo; ¿podré amar á sus enemigos?

«Yo creo en el Sér Supremo»

«Y ¿obedecéis al que derriba sus altares!»

«Amo la monarquía.»

«¿Y cantáis la Marsellesa?»

## V

Los primeros dolores fatigan mucho, pero los últimos se llevan con resignacion. Angela de Meslières, fuerte y resignada, se había restablecido de los golpes que sufriera, y aunque sola, aislada y proscrita, no estaba abandonada, pues tenía protectores invisibles é inseparables: sus virtudes, su valor y su Dios.

Una mañana supo que varias personas de su familia, Madame Hay y sus cuatro hijas acababan de ser conducidas á las prisiones de Laval; su esposo y padre, oficial vendeano, había combatido por sus principios; cogido con las armas en la mano, su suerte no podía ser dudosa.

Vestida modestamente y provista de algun dinero, logra Angela introducirse en las siniestras prisiones donde la Francia revolucionaria encerraba sus víctimas, entra . . . allí estaban sus amigas; las compañeras de su infancia. . . . cuatro encantadoras jóvenes, modelos de gracia y de inocencia. . . . la fatal cuchilla aguardaba ya su presa.

Angela llorando se arroja en los brazos de sus jóvenes parientes. Ma-

dame Hay se dirige á ella, y levantando las manos al cielo, exclama:

— ¡Oh! no lloreis la muerte es hoy un triunfo, el tránsito á la felicidad eterna: el principio de nuestro descanso. ¿Por qué tenemos esta dicha?

## VI

Abrese la puerta de la prision, y se presenta un enviado del tribunal revolucionario. Arroja á los pies de las señoras de Hay el uniforme de un vendeano teñido de sangre y acribillado á balazos. El guerrero que en el campo del honor había llevado aquel uniforme, donde se veía aun prendida la cruz de San Luis, acababa de ser fusilado.

—Ciudadanas, dijo una voz ronca y fiera, ¿conoceis estos despojos?

Un grito de horror contestó. La señora de Hay cae arrodillada ante el uniforme ensangrentado de su marido. Los suspiros ahogan su voz.

Sus hijas volviendo el rostro exclaman:

—«¡Padre mío! ¡desgraciado padre!»

—«Ciudadanas, ahora os toca á vosotras,» prosiguió el mensajero fúnebre, y sacando un papel leyó:

“Hay, y sus cuatro hijas, son condenadas. . . .”

—«¡Condenadas!»

—«¡A muerte!»

## VII

Angela y las señoras de Hay quedan solas en la prision. La madre de estas cuatro víctimas había recobrado una tranquilidad excepcional. Conocíase en su acento y en sus miradas que se resignaba enteramente á la desgracia, y que ningun deseo de vivir turbaba sus pensamientos cristianos. Su vista penetraba las recompensas eternas. Veía desvanecerse lo presente como el humo y adelantarse un divino porvenir.

—«Amigas, exclama Angela, Dios me inspira; un rayo de su luz me ilumina. Tengo el medio de salvaros: medio poderoso y cierto. Nadie se abata, valor. Hay un general enemigo. . . llamado Beaufort, y me ama. Ha pedido mi mano y siempre se la he negado; si os liberta se la concedo.”

La jóven salió precipitadamente.

## VIII

Beaufort está al lado de Angela: le ha llamado: la buena Leclere está ausente.

—«Escuchadme, dijo la vendeana, ¿es cierto que me amais?

—«¿Que sí es cierto! ¿y podeis dudar?»

—«¿Quereis que sea vuestra inseparable compañera?

—«¡Cielo! y preguntais esto! yo. . . .”

—«Basta, interrumpió la proscrita, no habéis de amor en días de asesinato, en presencia del crimen, en medio de tanta sangre. . . . ¡oh! esta

amalgama horrible me espanta y enardece. Beaufort, seré vuestra esposa; pero con tal. . . .”

—«¡Acabad, qué condicion!

—«Una madre y cuatro hijas están condenadas á muerte.

—«¿Qué quereis?

—«Que se salven.

—«¿La familia de Hay?

«Justamente. Haced que se suspenda la sentencia, salid al instante para Paris; obtened esta gracia de los verdugos y despues mi mano es vuestra.

—«Parto.»

## IX

El republicano obedece fielmente las órdenes de la realista: ha logrado que le concedan la dilacion de la sentencia de las señoras de Hay; este plazo espira el juéves próximo á las nueve de la mañana; apenas el general tendrá tiempo para salir airoso de su mision. Se apresura. . . . ya está en Paris.

Pero los tigres que reinaban en Laval se aprovechan de su ausencia para continuar con más libertad sus planes de destruccion y de muerte. Su sangrienta rabia no tiene límites; se publica un decreto para que todos los habitantes de Laval vayan á declarar el nombre de los extranjeros refugiados en sus casas. Madame Leclere, aunque asustada por las amenazas republicanas, se resistió á dar á la municipalidad el nombre de Angela de Meslières; pero ésta la obligó á ello. Madame Leclere segura, por otro lado, de que la protegida de un general revolucionario no corría ningun peligro, se decidió al fin. . . . conducida la triste vendeana á la cárcel al día siguiente fué sentenciada á muerte.

## X

El tiempo del plazo tocaba á su fin: eran las seis de la mañana, faltaban tres horas de agonía, y la fatal cuchilla iba á levantarse.

—«¿Por qué hemos de aguardar á las nueve? murmuraban los monstruos. Que se adelanten los relojes. Si Beaufort, logradas sus intenciones, llega hoy con el perdon de las víctimas; ¡qué afrenta para el tribunal! ¡Sustraer á nuestra vista impunemente cinco cabezas á las venganzas republicanas! . . . . La clemencia en el día de la emancipacion de los ciudadanos es un delito de lesa nacion; quitar los «brigands» á los verdugos! ¡qué-bello espectáculo perdido por el pueblo! Entreguemos al buitre su presa: no dejemos que se venda la justicia, no, el arrebol de la libertad no florece si no se riega con sangre. ¡Jueces, no haya misericordia!

—«Sí, no haya misericordia.»

Y los infames cambiaron la hora en el gran cuadrante de la ciudad.

## XI

Un carro fúnebre ha atravesado ésta: seis mujeres son conducidas en

él; la señora de Hay, sus cuatro hijas y una nueva sentenciada. . . . Angela de Meslières.

—¡Oh qué bellas eran! Algo de sobrenatural resplandecía en sus rostros. Sofía, Emilia, Eleonora y Cecilia, tenían la vista fija en el cielo. Nunca su figura encantadora había deslumbrado tanto. Se hubiera dicho al ver la serenidad de sus facciones, que espíritus invisibles, cubriéndolas con su blanca égida, las ponían al abrigo de todo temor, y que abriéndose las nubes descendían sobre ellas las palmas del martirio.

—Angela, dijo una de las hermanas ¿has visto si viene?

—No vendrá, creelo; ó si vuelve será tarde. Un traidor, un republicano ¡ejecutar una buena acción! no está en sus facultades, iría contra su costumbre. No podía lograrlo, y si así ha sido tanto mejor.

—Sí, contestó Emilia, tanto mejor. Estamos en el camino del cielo; la travesía será corta.

—¡Qué silencio! Ni una voz en este momento. ¡Nada detiene el carro! Adelante, sube y Dios espera!

La madre vendeana ha sonreído, sus ojos brillan de esperanza. Destinada y dispuesta para la eternidad, parecía conducir á sus hijas á una fiesta triunfal. Llegaba al puerto de la vida, y separada de la tierra, tenía ya un pie en los cielos.

## XII

Llegan á la guillotina las víctimas y se arrodillan; y despues, cual macabea, la madre dijo á sus hijas:

—«Levantaos, caminad; unos pasos más y ganais el cielo.»

Suben al nuevo templo. . . . al vestíbulo del Señor. . . . la cuchilla ha caído ya. . . . un ángel ménos en la tierra.

De repente se oye á lo léjos un ruido confuso y repetido que acrece y se acerca. La multitud reunida en torno al cadalso se repliega en sí misma; había venido, no para gozar á vista de la sangre, no para aplaudir á los verdugos, sino para admirar á las víctimas, aprendiendo á morir, llorar y acompañarlas y orar. ¿Pero qué desórden hay en la plaza? ¡qué confusion! ¡qué tumulto! Un caballero atropellaba á la multitud; trae un papel en la mano: habla, amenaza, suplica; sus gestos eran extremados, su caballo está cubierto de espuma.

—¡Perdon, perdon! gritaba el jefe.

Era un general. . . . era Beaufort.

Pero un inmenso gentío ocupaba la plaza. En vano el libertador de Angela hace esfuerzos para llegar. No puede abrirse paso. Todos son obstáculos. Durante estas vanas tentativas, del pie del cadalso, una voz sonora y feroz, la voz del juez de Laval, se dirige al ejecutor:

«Verdugo, date prisa, despacha pronto.»

¡Y la cabeza de Angela rueda!

## XIII

La voz del pueblo resuena.

«Perdon, perdon,» se oye por todas partes.

El espantoso drama seguía. El general se abre al fin camino; pálido, fatigado, deshecho, con el pecho anhelante, llega al pie de la fatal máquina. Cinco cabezas hay á su vista; una de ellas era la de Angela.

Faltaba la sexta, aun vivía la Sra. de Hay.

—«Matadme,» decía en ademán suplicante la infortunada vendeana; matadme, por Dios, no me perdonéis.

—«Al instante, respondió el verdugo.»

Dejó caer la cuchilla y una sonrisa infernal asomó á sus labios.

## XIV

¿Quién pintaría el estado de Beaufort!

Su posición. . . . su desesperación. Con la vista encendida, convulsivamente agitado, poseído de ardiente fiebre se hería el rostro con la violencia del delirio!

—¡«Monstruos, gritaba, monstruos; son las ocho!»

—«Venganza, respondió el pueblo, abajo los traidores, mueran los jueces!»

Y la multitud irritada, cansada al fin del atroz yugo que le había dominado mucho tiempo, se lanza al tribunal revolucionario para quemarlo y reducirlo á escombros.

Beaufort no sigue á los hijos de la Vendée, apártase del lugar de la ejecución, con el abatimiento pintado en su rostro. ¿Dónde piensa ir? Lo ignora. Su caballo lo guía al acaso.

## XV

Hora de agonía! . . . Hora infernal! El general republicano perseguido por las imágenes del crimen y del asesinato. . . . casi fuera de sí. . . . maldecía sin distincion, su divisa y su bandera. Su caballo se detiene de repente, y se encuentra delante de una iglesia.

Aunque tenía el carácter de aquella época, Beaufort no era impío. Se estremeció y echó pie á tierra. La puerta del templo del Señor estaba abierta. Recuerda los días felices de su infancia, en que una madre tierna y piadosa lo conducía al pie de los altares; murió hace mucho tiempo; si viviese ahora, hubiera seguido á Angela, porque su alma era leal y pura. ¡Qué pensamientos tan crueles! El jefe republicano se precipita maquinalmente en el interior del Santuario; allí cae el desgraciado de rodillas y dice en el fondo de su corazón: ¡Madre mía! ¿Puede olvidarse nunca ese dulcísimo nombre? El altar estaba despojado y roto: sin coro ni santas imágenes. No importa, allí estuvieron

antes. Allí dentro de estas paredes, olvidadas hoy, corrían los cristianos á pedir al Juez Supremo: allí bajaba de los cielos sobre el altar el Salvador del mundo. Allí con las manos cruzadas y los ojos bañados en llanto, exclamó Beaufort:

—«¡Dios mío!»

## A ROSA.

## EN SU ALBUM.

## I

Versos dedicarte intento  
Con ardiente inspiración,  
Salidos del corazón  
En fuerza del sufrimiento;  
Son, Rosa, el triste lamento  
Que brota del alma herida;  
Son cual la nota perdida  
Que el huracán se llevó;  
Son flores que marchitó  
El hálito de la vida.

## II

Son cual la queja de un ave  
Que volando ya ha perdido  
A sus hijos y á su nido  
Y que á donde ir ya no sabe,  
Porque del viento la nave  
El timón se destrozó;  
Son el llanto que brotó  
Del trovador más ignoto  
Que lanzado por el noto  
Al viento los arrojó.

## III

Temo que mi triste llanto  
Con su desacorde ruido,  
Mil quejas haya vertido  
Convirtiendo ¡oh Dios! en llanto  
El entusiasmo tan santo  
Que en mis delirios forjé;  
Temo mucho, bien lo sé,  
Que las notas de mi lira  
Que tu belleza me inspira  
Al viento las arrojé.

## IV

Pero no, tú bondadosa,  
Oyes el férvido ruego  
Que con lágrimas de fuego  
Te ofrece el alma llorosa,  
Tú, no cabe duda, Rosa,  
Escucharás el acento  
Que brota del pensamiento  
En mi ardiente frenesí  
Para consagrarlo á tí  
En mi grande atrevimiento.

1895.

Metrófilo.

## LA ESPERANZA PERDIDA.

¿Veis el cielo sin nubes?  
¿Veis el mar sin rumor?  
¿Visteis el cielo azul lleno de estrellas?  
Pues eso era mi amor.  
¿No sabéis cómo adoran en el cielo  
Los ángeles á Dios?  
Pues con el mismo celestial anhelo  
Aquí nos adorábamos los dos.  
En cien noches de mágica ventura  
Las estrellas miré resplandecer.  
¡Hoy alumbran su blanca sepultura  
Las estrellas de ayer!  
Ante su tumba el sauce se levanta  
Que sollozando está;  
De tanto amor y de ventura tanta  
¿Qué resta ya?  
¡Sol que hundió para siempre sus reflejos  
En la lóbrega noche de mi vida!  
Lágrimas, un sepulcro. . . . y á lo léjos  
La esperanza perdida!

Antonio F. Grilo.